

DOMINACIÓN, 2

# Liberada

LORELEI JAMES



## Índice

Portada  
Prólogo  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Epílogo  
Biografía de la autora  
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

## Prólogo

Sentía la cabeza a punto de estallar de dolor.

No podía ver nada en ese maldito callejón oscuro.

¿Por qué no le había abierto la puerta aún?

Golpeó el acero con el casco tres veces más.

«Por favor, nena, déjame entrar.»

No se encendió ninguna luz. No se oyó ningún chasquido que indicara que la cerradura de la puerta se abría.

Aunque tampoco podía oír nada por encima de ese dolor que le rugía en la cabeza.

Apoyó los hombros en la pared de ladrillo del edificio. Se llevó la palma a la frente para evitar que el cerebro le estallara y, cuando la apartó, vio que tenía los dedos mojados.

¿Qué diablos...?

¿Por qué coño estaba sangrando?

La puerta de acero chirrió y se abrió sólo lo suficiente para permitir que ella pudiera ver el exterior. Sin correr riesgos. Buena chica.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo.

—¿Ronin? ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte.

—¿A las dos de la mañana?

—Sí. Por favor, déjame entrar.

En cuanto abrió la puerta, él entró tambaleándose y su casco cayó rodando sobre el suelo de hormigón.

Amery corrió hacia él cuando lo vio balancearse. De algún modo, logró mantenerlo en pie hasta que pudo apo-

yarlo contra la pared. Entonces dejó escapar un grito ahogado.

—Tu cara... ¿Qué ha pasado?

Ronin se tragó la bilis que le subía por la garganta. Cayó de rodillas y siseó por el insoportable dolor antes de desplomarse en el suelo con un estremecedor golpe seco.

—¿Ronin? —Ella se agachó a su lado—. Parece que te hayan dado una paliza.

—Es que eso es lo que ha pasado. Desde que me dejaste es lo único que he hecho: recibir palizas.

Su respuesta la dejó muda, así que Ronin siguió hablando:

—El combate... me ha afectado al cerebro.

—¿Has estado en un combate? ¿Un combate de verdad?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Necesitaba aplacar el dolor. —Hizo una mueca cuando intentó cambiar de posición—. Pero, luego, no podía recordar.

—¿Qué? ¿Por qué has venido aquí?

—He venido porque no tenía otro lugar adonde ir.

Amery le cogió la mano.

—Estás sangrando.

—Perdona. No quería que me vieras así.

—Así, ¿cómo?

—Destrozado.

—Ronin, necesitas que te vea un médico —jadeó ella.

A él le costaba cada vez más respirar y mantener la atención. Y el equilibrio.

—No. Sólo necesito dormir —balbuceó, y se dejó caer de costado.

—No puedes dormirte.

—Tengo que hacerlo. Joder. Duele.

—¡No, no, no, no, no...! No cierres los ojos. Maldita sea, Ronin, quédate conmigo. ¡Vamos! ¿Dónde está el infalible maestro de las artes marciales?

—Lo siento.

De repente, Ronin se encontró en la boca de un túnel. La voz distorsionada de Amery le llegaba desde algún lugar lejano.

¿O era una ilusión?

Corrió hacia el puntito de luz y aceleró cuando éste empezó a desvanecerse.

Sin previo aviso, se vio envuelto en la nada.

## 1

*Seis semanas antes*

Ronin Black creía que ya había dejado atrás sus días de allanamientos de morada. Pero, tras la fría bienvenida por parte de Molly, la empleada de Amery en Hardwick Designs, y su silencio absoluto sobre el paradero de su jefa, había optado por el plan B.

Como Amery le había dado una llave de su loft, técnicamente su presencia allí no era ilegal. Tampoco es que hubiera planeado leer su diario o revisar sus cuentas privadas desde su ordenador. Sólo necesitaba hacerse una idea de adónde había ido antes de perder la puta cabeza.

No era el motivo lo que Ronin no entendía, ya que la escena de despedida de Amery veinticuatro horas antes se reproducía en un bucle continuo en su cabeza: «No te molestes en venir detrás de mí con excusas que tú consideras disculpas ni ofreciéndome más mentiras en forma de explicaciones, porque esta vez hemos acabado. Se ha acabado».

Y una mierda. No habían acabado. De eso nada. En realidad, apenas habían empezado.

Sólo de pensar en cuánto la había cagado... Ronin apretó la llave con tanta fuerza que se le clavó en la palma. Al diablo lo de mantenerse sereno. Después de haberse tranquilizado la noche anterior tras su... riña, su metedura de pata, o lo que diablos fuera, había intentado hablar con ella, pero el buzón de voz de su móvil había saltado las quince veces que había llamado. No había dejado ningún mensaje. Necesitaba hablar con ella, no con una máquina.

Se obligó a relajar la mano y metió la llave en la cerradura, la giró hasta que el mecanismo emitió un chasquido. Abrió la puerta trasera y entró.

Como las oficinas en la parte delantera del edificio estaban vacías, la llamó por si estaba escondida:

—¿Amery?

No obtuvo respuesta.

Ronin subió por la escalera de caracol sin hacer ruido. Sin embargo, no tenía ningún motivo para ser sigiloso; en cuanto apoyó el pie en el último escalón, supo que ella no estaba allí.

Todo estaba cerrado en la sala de estar. Si Amery hubiera estado en casa, tendría las ventanas abiertas y las cortinas se agitarían con la brisa. Rodeó el sofá y la mesita de centro. Se fijó en que todo estaba más limpio y ordenado de lo habitual. Lo mismo descubrió en la cocina. Había platos secándose en el escurrerplatos, el frutero de madera estaba vacío, habían sacado la basura. Comprobó el contenido de la nevera. Ningún producto lácteo ni envases de comida para llevar, lo cual sugería que planeaba estar fuera el tiempo suficiente para preocuparse porque la comida no se estropeará.

Su cepillo de dientes no estaba en el vaso en forma de flor del baño. Sus productos cosméticos no estaban esparcidos sobre el banco. No había ningún pijama ni prenda de ropa deportiva apilados en el cesto. Tocó la toalla de baño colgada en el gancho. Totalmente seca. No obstante, el simple hecho de tocarla hizo que le subiera el olor de su champú y se le hizo un nudo en el estómago por el anhelo.

«Joder...»

Él no hacía eso. No sabía cómo hacer eso de echarla de menos y deseársela.

«Pero sí sabes cómo cagarla tan bien que no haya vuelta atrás.»

Tenía que arreglar las cosas. Tenía que hacerlo.

Salió del baño y se detuvo en la puerta del dormitorio. La cama revuelta estaba exactamente como la había dejado cuando se había marchado. Exactamente igual. Las sábanas

colgaban al final del colchón donde él las había retirado. Las almohadas estaban amontonadas hacia su lado de la cama.

Pero en el lado de ella... había dos rollos de cuerda negra que había olvidado coger antes de marcharse el día anterior por la mañana.

Dios. ¿Había sido sólo el día anterior por la mañana cuando se había despertado en su cama? ¿Únicamente había pasado un maldito día desde que todo había saltado por los aires?

Al menos el despecho no la había impulsado a tirarlas.

Ahora que sabía que estaban allí, tenía una buena excusa para volver.

De regreso en Black Arts, Ronin vagó como un fantasma. Nadie le dirigió la palabra mientras observaba las clases desde la distancia. Lo veía todo sin ver nada, con la mente centrada en otro sitio, y probablemente ése fue el motivo por el que no reconoció a la mujer en un primer momento.

—Ninguno de vosotros ha demostrado que domina esta técnica, y sé que no es la primera vez que la trabajáis —bramó el *shihan* Knox.

Todos los alumnos agacharon la cabeza avergonzados.

Excepto una.

Naturalmente Knox captó su postura desafiante. Entornó los ojos y la señaló.

—Tú, ven aquí. Ahora.

—¿Conoces esta técnica?

Ella mantuvo la cabeza gacha.

—Sí, *godan*.

—Bien. —Knox retrocedió cinco pasos—. Empieza por la postura defensiva. —Se acercó a ella, agachado y con el cuerpo adelantado.

En ese mismo momento, Ronin reconoció el error de Knox, al igual que la alumna.

Ella usó el movimiento hacia delante del cuerpo de Knox contra él y lo golpeó de lado. El movimiento lo cogió totalmente desprevenido y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo, lo que fue prácticamente como admitir la derrota.

El *shihan* Knox se puso de pie de inmediato tratando de mostrarse impasible, pero Ronin vio su enfado.

—Cambiamos posiciones. Tú en la ofensiva.

—No —respondió la alumna con calma.

—¿Perdón?

—Rechazo el desafío. No podré alcanzarlo desde el ángulo en el que está demostrando la técnica. Por eso nadie la ha dominado. Con todo el respeto, *godan*, este método de enseñanza no es efectivo.

En lugar de mostrarse irritado, Knox sonrió. Ronin sabía que le encantaba esa mierda de dar su merecido a quien se lo buscaba.

—Ya que sabes cómo podríamos aprovechar mejor nuestro tiempo de entrenamiento, defiéndete como consideres adecuado —replicó Knox, y acto seguido la atacó.

Ella se agachó en una postura defensiva y permitió que la arrollara, el equivalente a ofrecerle la garganta al macho alfa.

Eso no hizo nada feliz a Knox.

—Poneos en parejas en los sacos. Dedicaremos el resto de la clase a trabajar las patadas.

Ronin se quedó en un rincón oscuro evaluando las habilidades de los alumnos. Estaba claro que tenían que apretar las tuercas a esa clase, porque observó que varios de ellos hacían el vago con las técnicas básicas. Su falta de disciplina decía mucho de él como propietario del *dojo*.

Knox despidió a los alumnos uno por uno, como tenía por costumbre. Retuvo a la alumna de antes hasta que todos los demás se hubieron marchado.

—Ponte de pie, por favor.

La mujer se levantó con gracia.

—¿Por qué te has negado a hacer una demostración de la parte ofensiva de la técnica?

—Por deferencia a usted, *godan*.

Lo llamaba por su rango de cinturón, *godan*, y no *shihan*, que era un término usado para referirse al profesor de mayor nivel, aparte del *sensei*.

—Explica eso —exigió Knox.

—Sólo soy una visitante en su dominio.

Knox se cernió amenazador sobre ella, pero la alumna no le devolvió la mirada.

—Entonces, ¿has permitido que ganara porque no querías dejarme en ridículo delante del resto de la clase?

—Sí.

—Oh, diablos, no. Lo haremos de nuevo. Pero esta vez no nos reprimiremos. Y es una orden.

—Como quiera. —Ella aseguró su posición.

Para ser un tipo grande, Knox era rápido con los pies, muy adaptable al momento. Sin embargo, no tuvo ninguna posibilidad ante la velocidad y la intuición de la mujer.

Ella esquivó los golpes, se agachó, derribó a Knox y lo inmovilizó contra la colchoneta apoyándole un codo sobre la nuca al tiempo que le sujetaba la muñeca en una llave que resultaría en una fractura si se movía del modo equivocado.

Ronin se acercó entonces a ellos.

—Suéltalo.

La mujer soltó inmediatamente a Knox. Cuando le ofreció una mano para ayudarlo, él la derribó sobre la colchoneta intentando recuperar terreno, pero ella se limitó a pasar a la ofensiva y Knox se descubrió en la misma posición previa de sumisión.

Maldijo para sí.

—Un intento poco aconsejable de salvar la cara, *shihan*.

—Ronin se dirigió a continuación a la mujer—: Supongo que no te has presentado a mi personal.

Ella se encogió de hombros.

—Me diste un pase de invitado y lo he usado. No incluía instrucciones de bienvenida al *dojo*.

Era tan insolente.

—Suéltalo.

Ella miró a Knox.

—¿Tengo permiso para volver a ponerlo en su sitio si no se comporta?

—¿*Shihan*? —preguntó Ronin.

—No la atacaré —respondió Knox con los dientes apretados.

—Sabia decisión. —Ella se levantó y se inclinó ante su amigo—. *Sensei*.

Ronin señaló a la pequeña mujer, que no lograba poner una cara inocente.

—Knox, ésta es mi hermana, Shiori Hirano.

—¿Tu hermana?... No me jodas.

—No, gracias —contestó Shiori con desdén—. Nunca me tiro a tíos a los que puedo superar.

—Shiori, déjalo ya —le advirtió Ronin.

Knox clavó la mirada en el cinturón negro de Shiori.

—¿Cuál es tu nivel?

—Sexto Dan.

—Me superas.

—Sí, por eso no he querido atacarte.

—No tendrás esa opción conmigo. —Ronin no apartó la mirada de la de ella—. Vístete, te espero en la sala de reuniones del segundo piso. Sabrás cuál es. Falta una ventana, porque la atravesé con una silla tras tu conversación con mi novia ayer. —Dio media vuelta y salió de la sala.

Ronin había recorrido medio pasillo cuando Knox lo alcanzó.

—Supongo que esperaba que tu hermana pareciera más...

—¿Una arpía que escupe fuego por la boca, como los dragones?

—No, que se pareciera más a ti. Aunque puedo ver el parecido en su actitud combativa.

Ronin reprimió un gruñido.

—¿Estás en condiciones de enfrentarte a ella? —quiso saber Knox.

—Probablemente no. Pero hace mucho que espero este momento.

Años. Desde que todo acabó con Naomi.

Knox apoyó una mano sobre el hombro de su amigo.

—Entonces me quedaré. Por si acaso.

—No es necesario.

—Insisto. Eres un polvorín y ella es la chispa que puede hacerte estallar. El *dojo* ya ha sufrido bastantes daños por un día.

—Tienes razón.

Se detuvieron en la sala de reuniones. Aún no habían sustituido la ventana, pero Ronin había limpiado el estropicio.

—¿Has tenido suerte buscando a Amery hoy?

Ronin negó con la cabeza.

—Molly no quiso decirme nada. El estado de su apartamento indica que se ha ido por unos días.

—¿Cómo has entrado en su casa?

—Tengo una llave.

—Una llave —repitió Knox—. ¿Te refieres a que... intercambiasteis llaves? ¿Ella tiene acceso a tu apartamento?

—Sí.

—Dios. Tenemos que cambiar inmediatamente los códigos de seguridad para el acceso al edificio.

—No. Quiero que pueda llegar hasta mí. Eso le demostrará que confío en ella.

—¿Por qué debería confiar Amery en ti cuando no fuiste sincero con ella respecto a nada? —terció entonces Shiori.

Ronin se volvió ante el comentario de su hermana. Estaba apoyada en la puerta aún con el *gi* puesto.

—¿Tú tienes la desfachatez de hablarme de sinceridad a mí?

Shiori chasqueó la lengua disgustada.

—Qué rápido has olvidado la importancia de la discreción. —Dirigió a Knox un arrogante gesto indicándole que se largara.

—Knox se queda.

—No metemos a desconocidos en nuestros asuntos familiares.

—Supongo que rompiste esa regla cuando me presentaste a Naomi y me jodiste la vida. Confío plenamente en

Knox, y él podría ser lo único que impidiera que te matara.

El *shihan* se inclinó hacia ella y la bloqueó de la vista de Ronin.

—No estás ayudando —le dijo—. Baja esos humos un poco.

Shiori lo rodeó y se sentó al final de la mesa.

—No finjas sorpresa cuando has sido tú quien me ha obligado a actuar y a venir hasta Denver al insistir en que la compañía contratara a tu último ligue —prosiguió ella.

—Yo no te he obligado a hacer nada. Os di el nombre de una diseñadora cualificada para un proyecto que tú comentaste conmigo hace meses. Querías que me interesara por la compañía y, cuando lo hago, sigues cuestionando mis motivos.

Shiori juntó las puntas de los dedos de ambas manos frente a su rostro.

—Entonces, ¿tu interés por este proyecto de Okada es tu modo de decirme que estás planteándote tomar las riendas?

—Ése siempre ha sido tu sueño, no el mío —afirmó Ronin—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—No lo sé.

—No creo que nuestro abuelo quiera perderte de vista.

—Eso no puedes saberlo, porque hace mucho tiempo que no nos has visto a los dos juntos, ¿no crees?

¡Tocado! Se lo merecía.

—¿Has llegado con todo un séquito?

—Sólo Jenko. Insistió en comprobar la seguridad en el Ritz; he alquilado la suite del ático. También entrevistó a posibles especialistas en seguridad por si necesitaba alguno. Dudo que eso sea necesario y me apetece disfrutar de un poco de espacio para respirar.

Jenko, el guardaespaldas de Shiori, no estaba contratado por la compañía familiar, Okada; por tanto, no respondía ante su abuelo. Contratar al antiguo luchador de sumo era una de las pocas cosas que su hermana había hecho en contra de los deseos del patriarca.

—¿Jenko no se quedará en Denver contigo?

Una fugaz expresión de dolor surgió en los ojos de Shiori.

—Tiene una esposa y una hija. Es injusto que le pida que esté lejos de ellas indefinidamente. —Tomó una larga inspiración para relajarse—. De acuerdo, reconoceré que mis intenciones respecto a Amery no eran buenas cuando llegué a Denver. Pero sí lo eran respecto a ti, Ronin. Quería comprobar si esa mujer se estaba aprovechando de ti.

—¿Porque soy un puto idiota y un blanco fácil en lo que a mujeres se refiere?

—No. Siento mucho el modo en que lo he planteado, ¿de acuerdo? —Shiori se mordió las uñas, un tic nervioso que tenía desde hacía años.

Ronin carecía de respuesta para eso.

—Dejando a un lado nuestras diferencias personales, necesitaré un sitio donde practicar mientras esté en Denver —continuó ella—. ¿Tengo tu permiso para entrenar aquí en calidad de lo que mejor le convenga al *dojo*?

—¿Con quién estás entrenando en Tokio?

—Masaman. Un pupilo de tu *sensei*. Es lo mejor que pude conseguir.

Por lo que Ronin sabía, él era el último alumno al que su *sensei* había aceptado instruir, y eso había sido veintidós años antes.

—En tu defensa te diré que nunca ha tomado a una mujer como pupila.

—Ésa parece ser una tradición que tú sí estás siguiendo.

—Te equivocas. Tengo alumnas.

—Ah. Pero ¿cuentas con alguna instructora?

—No.

Shiori ladeó la cabeza.

—¿Y eso es porque crees que las mujeres no están tan cualificadas como los hombres para enseñar?

Ronin no quería entrar en una discusión sobre igualdad de géneros con su hermana.

«Aunque debes reconocer que tiene razón.»

—Ninguna mujer ha solicitado nunca un puesto como instructora.